

LA CERÁMICA FUNERARIA Y RITUAL DE MESOAMÉRICA

EDUARDO NOGUERA

Gracias al acervo de material cerámico que se ha conservado de las culturas prehispánicas, correspondientes a sus distintos horizontes, desde los periodos más antiguos hasta algunos años después de la conquista cuando se siguió fabricando cerámica aunque en forma moderada, ha sido posible conocer sus variados tipos. Se hacía de ella un gran uso debido a que no se conocían los metales, y como la arcilla era de fácil manejo para los pueblos prehispánicos, la dedicaban a todos los menesteres. Tenían abundantísimo material para los más humildes servicios, en forma comparable a nuestra moderna vajilla, para cocinar, guardar las semillas o menesteres aun más modestos. Pero además elaboraban magníficas piezas dedicadas a usos rituales, para las numerosas ceremonias que les pedía su religión.

Se conoce también la fabricación considerable de figurillas humanas, representativas de deidades y otros personajes, que no se incluirá en este estudio por constituir tema muy extenso propio para otro trabajo.

Podemos distinguir cuatro clases o tipos de cerámica: ordinaria, funeraria, ritual y comercial. Como quiera que la primera es en extremo abundante y variada, será motivo de un estudio especial, por lo cual ahora trataremos sólo de las tres últimas en la forma más condensada posible ya que es una investigación cuyo completo desarrollo rebasaría los límites de un artículo.

La dedicada a usos rituales o ceremoniales, sólo se identifica en los horizontes más tardíos. De los primeros, o sea del preclásico y principios del clásico, no tenemos pruebas o, mejor dicho, no sabemos reconocer cuáles eran las destinadas a esos específicos usos. En cambio, sí tenemos muy buenas evi-

dencias por la forma de los hallazgos, en cuanto a sus funciones funerarias, si consideramos que las vasijas encontradas en entierros y en tumbas que acompañan al desaparecido estaban hechas exclusivamente para ese objeto, aunque cabe la posibilidad de que éste fuera su destino secundario y que primeramente sirvieron al hombre vivo para sus ceremonias o para funciones muy especiales.

Por su parte, la cerámica de reconocida utilización ceremonial se fabricaba y dedicaba exclusivamente a tal fin, lo cual refleja a su vez el nivel social de quienes la fabricaron y aun en grado menor sus ocupaciones, aunque sólo cuando se trata de pueblos pertenecientes a culturas tardías, o sean los últimos horizontes.

Rasgo distintivo de las cerámicas mesoamericanas, del que en cierto modo participan las del resto del continente, al establecer comparaciones con otras culturas del Viejo Mundo es, como lo manifiesta ya Vaillant, el observarlas de acuerdo con nuestros ideales de estética, mejor que compararlas con lo que hicieron los griegos cuyos cánones de belleza sentaron modelo en el mundo occidental. Así es cómo, nos explica Vaillant, en tanto que las formas de los vasos griegos se distinguen por su esbelta curva ascendente, los alfareros mesoamericanos aparentan tener miedo de mantener erectas sus vasijas, por lo que mientras la mayor dimensión de aquéllas es la vertical, en las de Mesoamérica es la horizontal ayudada para su mayor estabilidad por soportes de muchísimas formas: trípode o tetrápodo. De ahí que su centro de gravedad sea muy bajo y las curvas ascendentes de los vasos griegos son casi desconocidas en las vasijas mesoamericanas. Quizás este hecho, según Vaillant, se deba a la técnica de la fabricación; entre los mesoamericanos se hacía por medio del enrollado, o la fabricación de modelado directo, en tanto que los griegos lo lograban por medio del torno del alfarero.

Esto se puede aplicar a la cerámica de Mesoamérica en general, pero la destinada a usos funerarios, en especial la ceremonial, es tan elaborada como ocurre en las culturas más recientes; sus variedades son enormes tanto en forma como en decoración y difieren en mayor grado algunas de ellas cuando se comparan las distintas culturas del México prehistórico.

Con el fin de obtener un panorama, siquiera muy somero, de las variedades de las cerámicas destinadas a usos distintos a las de empleo ordinario y de almacenamiento, examinaremos los hallazgos en cada uno de los horizontes culturales, haciendo mayor énfasis en las culturas de los Valles Centrales.

Nuestro conocimiento de las culturas preclásicas es todavía incompleto, no las hemos desentrañado en su totalidad. A pesar de las numerosas exploraciones e investigaciones, ignoramos en realidad cómo era su religión cuando se trata de esos horizontes más antiguos; sí bien hay muchas pruebas de sus prácticas mágicas, desconocemos sus preceptos religiosos; por tanto lo único que cabe identificar como parte de esas ceremonias en cuanto a la cerámica se refiere, es la presencia de las figurillas humanas, alusivas quizás a deidades o determinados atributos rituales. En cuanto a las vasijas carecemos de pruebas de que determinado tipo se usara para una ceremonia específica. En cambio se dispone de un amplio acervo de vasijas funerarias que aparecen desde las primeras fases del preclásico.

En efecto, desde el preclásico inferior hay ofrendas mortuorias; en El Arbolillo I aparece quizás la más antigua del Valle de México. Según los datos proporcionados por Vaillant,¹ algunos de los 162 esqueletos encontrados iban acompañados de ofrendas más o menos ricas. El entierro quizás más antiguo de ese sitio tenía cerámica negra en forma de cajetes ornamentados con incisiones y pintura roja embutida. En otro entierro apareció una vasija de barro negro con decoración zoomorfa.

Las vasijas de color rojizo (color manzana) fueron abundantes en contraste con las de color ocre o baya. A su vez, la forma de esta clase de cerámica tenía que ver con su selección para depositarla en los entierros: había ollas con o sin asas. Hay también vasijas de esta variedad con una banda roja o decoración en negro; un cajete de poco fondo de baño blanco con pintura roja y otra vasija con los rebordes recogidos.

Sin duda la cerámica negra es la más bella y mejor ornamentada. Lo más característico son vasijas con soportes, decoración incisa después del cocimiento y pintura roja frotada o embutida; a veces con acanaladuras ornamentales. Hay igualmente, vasijas de barro negro y paredes más delgadas.

¹ Vaillant, 1935.

El estudio de estos hallazgos permitió a Vaillant establecer cierta secuencia: los entierros más antiguos van acompañados de cajetes de cerámica negra con decoración incisa y pintura roja embutida; en una segunda fase hay vasijas con decoración más profunda y en la tercera es más frecuente la decoración acanalada.

Correspondientes al preclásico medio se cuenta con excelentes muestras gracias a los hallazgos de Copilco, explorados en 1917, y todavía se conservan tres entierros con sus respectivas ofrendas de cerámica que, posiblemente, fue destinada a usos culinarios, pero utilizada como ofrenda. Consiste en cajetes de silueta compuesta y uno con la característica decoración "cuneiforme", peculiar a este periodo y zona.

En Tlatilco hay una enorme variedad de vasijas que han estado asociadas a los numerosos entierros encontrados.² La cultura olmeca se manifiesta allí por cerámica negra con bordes blancos o rojos, gris pulida, blanca marfil, naranja laca. Hay vasijas zoomorfas y fitomorfas, botellones con dibujos en relieve que representan el jaguar: platos, vasijas de base plana, botellones con asas vertedera, vasijas en forma de aves, peces, ranas. Los motivos eran geométricos y simbólicos: garras, cejas, manchas de jaguar, manos humanas, huellas de pies, caras de jaguar, aletas de pescado. Las técnicas decorativas eran, además del relieve, incisión, raspado, decoración de mecedora (*rocker stamp*), impresión de la uña, punzonado, al fresco y otros. Así que para fines funerarios había determinada clase, muy en especial aquellas que llevaban motivos simbólicos alusivos a sus deidades totémicas y máscaras de jaguar y pájaros.

La religión y los ritos ceremoniales entre los olmecas, también del preclásico medio, debieron ser muy complejos, pero su expresión sui-géneris es el culto al jaguar, manifestado de muchísimas maneras en la elaborada cerámica de ese periodo.

Esa gran variedad de formas y motivos, así como las técnicas decorativas en un periodo relativamente antiguo como es el preclásico medio, muestran que ya en ese momento había vasijas que corresponden a un ritual expresado en su decoración.

² Piña Chán, 1964.

Otro caso es Tlapacoya donde se encontró rico y variado material funerario, detalladamente descrito por Beatriz Barba de Piña Chán.³ Fueron muy variadas las formas de vasijas entre las que destacan las de silueta compuesta, botellones antropo y zoomorfos, platos, cajetes, tecomates, vasijas provistas de soportes de diversas formas. La decoración también es muy variada: polícroma, blanca sobre rojo, rojo sobre blanco, negativa, esgrafiada, impresiones de tejidos, modelado, pastillaje, pintura al fresco, etcétera. Todo este material indica que tenía funciones funerarias y correspondía a una religión con un ritual también elaborado.

Otro ejemplo del preclásico superior es Cuicuicco donde apareció cerámica funeraria que ofrece muy interesantes relaciones con culturas posteriores, así como el hallazgo de vasijas que representan al dios viejo, que es quizás el antecedente del dios Huehuetotl tan típico en la cultura clásica.

El mejor exponente del preclásico superior es Ticomán,⁴ puesto que fue metódicamente explorado, encontrándose numerosos entierros, algunos con vasijas funerarias de bonito aspecto: hay ollas, cajetes de variada forma con distintos soportes, generalmente de barro rojo pulido; lo más significativo fue una vasija antropomorfa. Además, en Ticomán hay cerámica de clara función ceremonial, como son los incensarios, uno de los cuales lleva una representación que se ha identificado como una cara de Tlaloc, lo que constituiría la primera representación de esa deidad que tuvo un largo historial y persistencia en culturas posteriores.

Al pasar al horizonte clásico hay pruebas claras de un ceremonialismo muy elaborado, hecho que se atestigua con las numerosas y artísticas vasijas, además de las variadas piezas destinadas exclusivamente a usos rituales. Sería interminable describir las numerosísimas vasijas relacionadas con las actividades religiosas, que ya lo han sido en diversas obras.⁵ Bellísimos vasos con decoración de relieve profundo (*champ-levé*) de barro negro, vasos cilíndricos con la característica decoración *cloisonné* y al fresco, por no mencionar más que ciertos tipos encontrados en asociación con entierros en Tetitla, Yayaquala, Zacuala, etcétera, con profundo sentido religioso. Sin

³ Barba de Piña Chán, 1956.

⁴ Vaillant, 1931.

⁵ Linné, 1934; Séjourné, 1959, 1966.

embargo, en contraste con el horizonte anterior, en el clásico son pocos los entierros y tumbas localizados. En este periodo ya hay una clara distinción entre la cerámica de uso ordinario y la que tiene funciones rituales. Sin embargo, lo más característico son los famosos braseros, de alto valor artístico que también han sido tratados en las citadas obras y expuesto su significado y funciones específicas. Además, hay muchas otras piezas destinadas al complicado ceremonial de los pueblos de este horizonte cultural. En ese caso se hallan, en primer lugar, los "candeleros" que eran pequeños incensarios individuales recogidos por millares, los instrumentos musicales y cierto tipo de malacates destinados a ofrendas funerarias.

Cuanto más nos acercamos a las culturas posteriores, es mayor el ceremonialismo y más elaborada su religión, o, en último caso, es en estos horizontes cuanto tenemos mejores conocimientos de sus diversos aspectos. En el periodo histórico, por ejemplo en Tula, se observa la presencia de numerosas piezas de carácter ceremonial; junto con vasijas de fino acabado como son las de *cloisonné*, plomiza o de reflejos metálicos (*plumbate*), aparecen muchas variedades en cuanto a forma, tamaño y decoración; los incensarios, entre los que destacan ejemplares provistos de largo mango que tenían un fin específico en la adoración de los dioses. Lo mismo puede decirse de los periodos posteriores. Entre los materiales de cultura mazapa de Teotihuacán, donde encontró una bella lula, se ha recogido abundante material de ese mismo periodo, con muchas piezas de usos ceremoniales, lo cual indica que en esas épocas se tenía un bien sistematizado rito religioso. Quizás éste existía ya desde el horizonte clásico, sólo que nuestro conocimiento sobre ese tema no es tan completo. A este respecto cabe mencionar el hallazgo de Linné, en capas de cultura mazapa de Teotihuacán, donde encontró una bella estatua del dios Xipe-Totec. También en entierros de Tenayuca se han recogido numerosas vasijas destinadas a usos ceremoniales, ya publicadas y descritas.

Sin embargo, sólo a partir del periodo azteca contamos con una nutrida información respecto al ritual y ceremonialismo de los tenochca. Son numerosas las obras sobre el particular y específicamente se refieren a determinadas vasijas que tenían un uso especial en las ceremonias. Es muy conocido el abundantísimo material de cerámica azteca que existe en

buen número de museos, mostrando con frecuencia influencia o procedencia mixteca, de un alto valor artístico y simbólico. Solamente nos referiremos a piezas de las que existe alusión en los cronistas (Figuras 1 y 2).

Sahagún hace mención específica de cierta clase de vasijas usadas en sus ceremonias. Contamos con la selección hecha por León-Portilla⁶ en la que representa un buen acopio de datos; se aprovecharán aquellos en que aparece una clara referencia a determinado tipo de vasija.

Hablando de las ofrendas, Sahagún señala: Las mujeres iban a hacer su ofrenda temprano, delante del dios, las llevaban en *cazuelas*, en eso las ofrecían. En la ofrenda del fuego la hacían con un *sahumador* hecho de barro, con sonajas. Allí colocaban brasas en el sahumador, enseguida colocan copal y vienen a salir ante la figura del dios. Lo mismo que cuando quemaban copal en el fuego. Allí ponían el copal en una *escudilla* y el que está a punto de hablar, o bien el cantor que está para cantar, quema copal en un *brasero* y luego da principio a su canto.

Para la libación, cuando bebían licor fermentado se hacía el estreno del pulque, sirviéndose en *tazones* frente al fogón y cuando están para dar a beber sirven en el *vaso*⁷ el pulque y enseguida hace caer un chorro en el fogón.

Acción para dar de comer a los dioses. En ese caso habían abierto el pecho al esclavo o al cautivo, tomaban de su sangre en una *escudilla* y arrojaban un papel allí que chupara la sangre; luego llevaban la sangre en una *escudilla* e iban aplicando la sangre en los labios de todos los dioses.

En la acción ritual de barrer, cuando los hijos muchachas o varones, barrían en los patios, hacían ofrendas llevándolas en la mano y colocándolas ante el dios. Después de haber hecho la ofrenda tomaban sus *sahumadores* para ofrecer incienso.

En cuanto a la acción de atarse, se ataba la gente con un hilo, a los niños en la muñeca o en el cuello. Hacían provi-

⁶ León-Portilla, 1958.

⁷ Posiblemente Sahagún da el nombre de tazones o vasos a las típicas copas de pulque que se encuentran en gran abundancia entre los materiales de procedencia azteca.

sión de tortillas de maíz tierno, las colocaban en el huacal y en la esquina de éste ponían una *tacita* que iba llena de agua.

Puede decirse que todos los instrumentos musicales tenían funciones rituales; muchos de éstos eran de barro. Los que sobresalen mayormente son las flautas que tenían un uso constante en sus ceremonias; las usaban los sacerdotes y aun los expertos, al decir de Sahagún: "Así se hacía el toque de flautas: cuando era muy noche, cuando está a punto de llegar la media noche, entonces se tocaban las flautas, se hacía el sangramiento ritual en la casa del dios. Con esto era despertada la gente".

Entre los objetos enumerados por Sahagún que se requerían en las casas de los dioses, figuran como objetos de barro y propios para usos rituales: sahumadores, jícara para copal, jarrito para el tabaco, entre muchos objetos de otros materiales de función religiosa.

En el capítulo acerca de los sacerdotes, Sahagún hace algunas referencias al uso de vasijas. Así, en el caso del sacerdote del dios "dos conejo"; el oficio de este sacerdote consistía en reunir a los cuatrocientos conejos, presididos por el llamado Patécatl y enseguida colocaban el *tazón* del conejo y allí ponían el pulque de cinco que llamaban pulque divino.

Otros cronistas describen que tenían un vaso que llamaban "teocatitl", que quiere decir vaso del dios, el cual tenía la hechura siguiente: el vientre redondo y ancho y en medio un remate redondo a manera de botón y la copa de él era como la de un cáliz.⁸

Para terminar con estas referencias (que podrían extenderse más) vemos que en los atavíos de los dioses también figuran vasijas; así, Tezcatlipoca lleva a cuestras una olla figurando plumas de quetzal.

Veremos ahora en forma sucinta la presencia de vasijas funerarias o ceremoniales en las principales culturas de Mesoamérica.

En Oaxaca tenemos un abundantísimo y rico material encontrado en tumbas, principalmente en Monte Albán, zona que ha sido meticulosa y detalladamente explorada. Las piezas de mayor interés y características de las tumbas son

⁸ Esta descripción se acomoda igualmente a las denominadas copas de pulque.

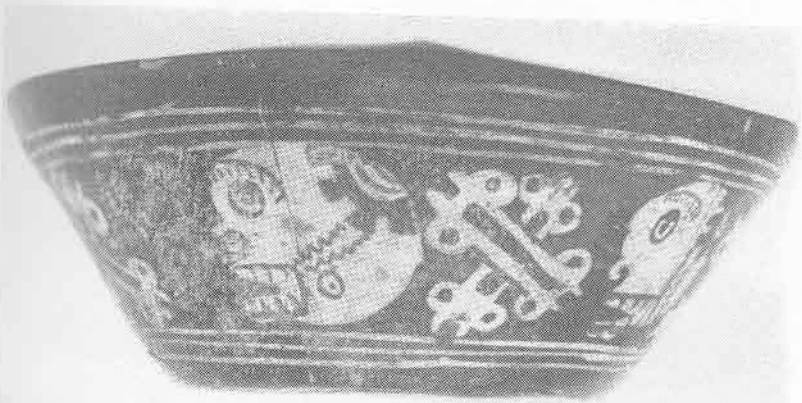


Figura 1. Cajete policromo, decoración simbólica. Cultura azteca.

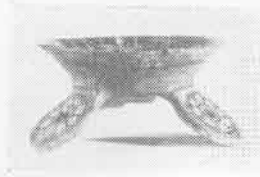


Fig. 2. Vasijas mixtecas de elaborada decoración simbólica.



Fig. 3. Vasija con decoración policroma: negro, rojo y blanco. Estilo "Isla de Sacrificios".



Fig. 4. Cerámica policroma huasteca, periodo VI.



Fig. 5. Característica estatuilla de barro, de Nayarit.



Fig. 6. Estatuilla de barro, tipo Colima.



Fig. 7. Urna cineraria zapoteca.



Fig. 8. Brasero de cultura maya.

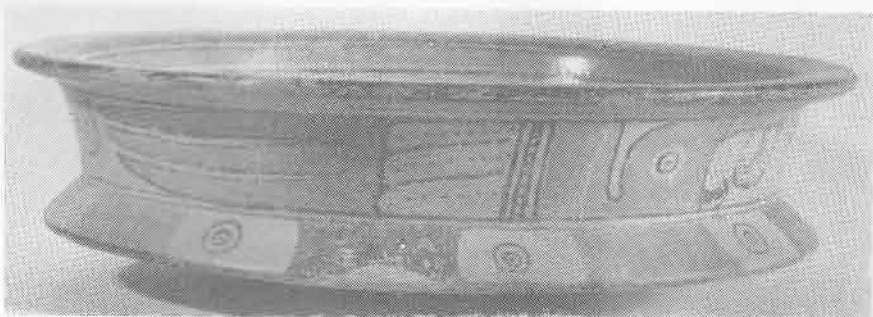


Fig. 9. Vasijas policromas del periodo Tzokol, Cultura maya.

las urnas cinerarias. Aparecen desde la época I y continúan hasta la IV en el caso de Monte Albán, aunque son más peculiares las del periodo III A y III B: de barro gris negruzco pardo con pintura roja, amarilla y en ocasiones policroma. Representan el cuerpo humano, por lo general en posición sedente, con los brazos sobre el pecho o las rodillas. La cara se representa con realismo o va cubierta por una máscara. Llevan grandes tocados que varían según la deidad a que corresponden. Su tamaño oscila entre 10 y 75 cms. y algunas descansan sobre pedestales. Asociadas a estas urnas hay vasijas antropomorfas y zoomorfas, estas últimas representando monos, coyotes, tigres. En general la mayoría aparece en las tumbas, pero algunas se encuentran en los templos, y gran parte de ellas son deidades. Junto con estas urnas figura un buen número de vasijas ricamente decoradas con diversas técnicas que indudablemente servían para fines rituales, ya que ni su forma ni su consistencia las hacía útiles para usos ordinarios (Figura 7).

En cuanto a la famosa cerámica policroma de la Mixteca y de Cholula contamos con magníficas obras de arte de un singular valor estético y simbólico que ha sido descrito en numerosas obras. No solamente eran de carácter ritual y funerario, sino que se las consideraba en aquellas épocas como auténticas obras de arte y es muy probable que se transmitieran de generación en generación. A la vez que tenían un valor simbólico y artístico eran fuente de intenso comercio, por lo que su manufactura ha debido de contar con uno o varios centros determinados de donde eran enviados a diversos lugares. Es así como encontramos bella cerámica policroma en Tenochtitlán, procedente quizá de la Mixteca, o fabricada en la misma ciudad por hábiles alfareros mixtecos, y esta misma cerámica se localiza en lugares tan distantes como Veracruz y aun vemos que sus influencias llegaron hasta Sinaloa. Excepcionalmente se ha encontrado en tumbas, siendo la excepción más conocida las famosas tumbas de Zaachila que contenían ejemplares de vasijas bellamente policromadas, atestiguando sus funciones funerarias. Algunas de estas magníficas piezas constituyen un grupo aparte por el hecho de contener verdaderos códigos expuestos en fina policromía que encierra un fuerte significado religioso (Figura 2).

En la Huasteca, que ha sido también explorada con cierto

cuidado, se distinguen varias etapas de desarrollo de las culturas pero sólo hasta el periodo VI tenemos vasijas de uso ceremonial de excelente acabado y sentido artístico, de formas variadas, buena calidad del barro e inmejorable cocimiento. Forma típica es la de cucurbitácea y otros frutos, provistas de asas y vertederas; las hay antropomorfas o con caras humanas adheridas a las vasijas. Su decoración es igualmente típica: de fondo crema o blanquecino con dibujos geométricos negros o rojos que se extienden desde el cuello y cubren todo el cuerpo del ejemplar. En cuanto a vasijas de usos funerarios tenemos las descritas por Ekholm quien expone que en cada uno de los periodos existen determinados tipos de vasijas que sin duda tenían usos rituales o ceremoniales, las que en algunos casos son muy numerosas (Figura 4).

Sería prolijo describir las variadísimas vasijas con funciones distintas a las de uso ordinario que se encuentran en las diversas culturas del centro de Veracruz. Hay obras sobre el particular que tratan en extenso de la materia. Basta mencionar aquí los tipos más sobresalientes como son las magníficas y artísticas piezas de Remojadas (de los periodos preclásico y clásico), la cerámica de la Isla de Sacrificios que se distingue por su decoración convencional de volutas y ganchos que ofrecen analogías con los yugos de la zona de El Tajín; soportes antropomorfos y zoomorfos. La decoración es en blanco y rojo en diferentes tonos, café, amarillo y negro. Junto con ésta tenemos cerámica policroma que es de cierta abundancia y ambas aparecen también en Cholula con idénticas funciones rituales o funerarias. De cualquier manera, eran tipos considerados como piezas extraordinarias y que se distribuían por comercio a lugares apartados de su centro de manufactura (Figura 3).

Más al sur, en la cultura olmeca expresada en Tres Zapotes, Cerro de las Mesas y La Venta, también hay una gran variedad de vasijas con funciones ceremoniales, con decoración que va desde un sencillo esgrafiado en formas muy elegantes hasta ejemplares de bella policromía. Quizás las vasijas ceremoniales no sean tan abundantes como en las áreas ya consideradas, debido a que en primer lugar no han sido exploradas con igual intensidad o, también, a que superaban las destinadas a usos corrientes.

En el vasto territorio del noroeste de México tuvieron su

desarrollo muchas culturas que en conjunto ofrecen una relativa homogeneidad; en todo caso aparecen vasijas que se distinguen de las del resto de Mesoamérica. En la imposibilidad de abordar aun sucintamente todas las variedades de este material cerámico, nos referimos sólo a los tipos más significativos como son las figurillas de animal, verdaderas estatuillas, en especial la del perro, o de personajes humanos muchas veces formando escenas o bien juegos de pelota. De Nayarit tenemos estatuillas muy abundantes en las colecciones nacionales y museos extranjeros. Se han considerado como de aspecto caricaturesco, son monstruosidades por lo general huecas, de tamaño grande; casi siempre representan mujeres con enormes pies, delgados brazos, pronunciadas narices con uno o más anillos que cuelgan de ella. Hay otro estilo más realista, representando casi siempre mujeres sentadas o de pie, pero con rasgos faciales más regulares y aun de cierto refinamiento (Figura 5).

Las estatuillas de Colima, como las de Nayarit, tienen en algunos casos funciones funerarias, puesto que han aparecido en tumbas. Las de Colima están mejor acabadas, con representaciones antropomorfas más realistas: de pie o dedicándose a alguna ocupación; con las piernas cruzadas o sobre pequeños taburetes. Hay también guerreros, jorobados, ancianos, cargadores, etcétera. Junto con éstas se encuentran otras que representan mujeres moliendo, cargando niños o jarras de agua, músicos; grupos de figurillas que están bailando en círculo, o bien personajes llevados en palanquín, acróbatas y aun escenas muy complicadas (Figura 6).

Además de estas estatuillas son frecuentes una gran variedad de vasijas de todos estilos, formas y decoración que han sido ampliamente descritas en publicaciones especiales.

En el área maya encontramos material cerámico aún más rico; en ese territorio hay enorme cantidad de centros ceremoniales, pero en contraste, la cerámica no corresponde en abundancia a tan variados elementos arquitectónicos. Es interesante observar que en proporción al número de grandes centros ceremoniales y las numerosísimas ciudades de menor tamaño (por no mencionar los innumerables vestigios que cubren el suelo de esa vasta región) es muy pequeña la cantidad de piezas de significado ceremonial que han sido halladas. Esto se debe, desde luego, a que sólo han sido exploradas

una pequeña proporción de estructuras y ciudades y menos aún las que lo han sido con detenimiento. Aparte de Chichén-Itzá, Uxmal, Labná, Sayil, Palenque, Comalcalco, en territorio nacional, o las de Kaminaljuyú, Tikal, Copán, Piedras Negras y otras de menor significado en el sur del área maya, las demás, que se cuentan por millares, sólo han sido superficialmente exploradas o visitadas, y miles permanecen sepultadas bajo tupidas florestas. Es pues sorprendente la pequeña cantidad, guardando todas las debidas proporciones, de ejemplares de cerámica recuperados, aunque desde luego éstos han sido objeto de estudio y análisis muy detenido por parte de varios arqueólogos. Existen muy diversas clasificaciones del material encontrado en las ciudades exploradas y se ha hecho una cuidadosa clasificación que puede estudiarse en las obras respectivas. De todo ese enorme acervo destacan cierto tipo de vasijas de un carácter francamente ritual y ceremonial a las que vamos a referirnos (Figura 8); es tal la variedad que resulta difícil decidir a cuál grupo dar la preferencia. Por ello nos ocuparemos de los tipos más famosos, correspondientes a los periodos Tzakol y Tepeu; son los más clásicos y representan sin duda las mejores obras de alfarería hechas por los pueblos de cultura maya.

Las del periodo Tzakol se distinguen por su reborde basal; son las primeras con decoración policroma y variados soportes. La decoración más común es en rojo y negro sobre anaranjado, pero hay también rojo, crema, anaranjado, café, gris, verde y ocre. Los motivos decorativos son triángulos, bandas horizontales, líneas, serpientes estilizadas, motivos humanos y animales. También hay decoración negativa y gran desarrollo de la pintura al fresco que recuerda los códices mayas (Figura 9).

En el periodo Tepeu es característica la decoración policroma, representando la figura humana con naturalidad, animada de movimiento y vida. Hay nuevos colores (amarillo, lila) junto con gran variedad de motivos entre los que destacan insectos, flores, serpientes estilizadas, escenas ceremoniales y excelentes representaciones antropo y zoomorfas.

De esta larga relación se desprenden importantes conclusiones. En primer lugar cuanto más antigua es la cultura o el periodo, la decoración de la cerámica es geométrica, de prefe-

rencia a la naturalista o mitológica, la cual aparece más tardíamente.

No hay evidencia de que en los primeros horizontes hubiera cerámica con finalidades rituales, puesto que no conocemos con exactitud la religión de esos antiguos pueblos. En cambio es muy abundante la cerámica funeraria, en las tumbas y numerosos entierros. En contraste está el caso de Monte Albán donde se encuentra cerámica funeraria hasta épocas muy tardías. Es posible que casos análogos ocurran en otras culturas de Mesoamérica, pero hasta hoy no se conoce una situación igual a Monte Albán, donde existe gran cantidad de tumbas destinadas al cuidado de los desaparecidos. En la época clásica de Teotihuacán, en la zona maya y entre las culturas del Golfo, aparecen excepcionalmente sitios con tumbas tan bien acabadas y numerosas como las de Monte Albán. Hay que ir a ciertas zonas del noroeste de México para encontrar tumbas de arquitectura elaborada como es en Jalisco, Nayarit y en cierto modo, en Michoacán.

Nótese una mayor abundancia de vasijas ceremoniales y rituales, o en cualquier caso vasijas con acabado elaborado, en contraste con las de usos ordinarios, lisas y sin decoración, hecho que se observa en las colecciones nacionales y particulares. Esta situación se explica porque las vasijas con decoración son de mayor valor cultural y cronológico (además de su expresión estética) que las ordinarias, lo que motiva que en las colecciones, las vasijas decoradas sean las que se exhiben, y las desprovistas de ornato permanecen en las bodegas, utilizándose para otra clase de investigación.

Se observa, además, cierta tendencia a que las vasijas antropomorfas o zoomorfas sean propias de horizontes más antiguos, en tanto que la de valor ceremonial, de formas normales, con decoración simbólica, lo sean de culturas posteriores. Así tenemos que en Tlatilco y Monte Albán I y II predominan y son abundantes las formas humanas y de animal, en contraste con las de la cultura Mixteco-Puebla de franco significado ceremonial. Este hecho se observa de manera precisa en las vasijas representando perros cebados, propias del occidente, en vista de que ese animal le serviría de guía al desaparecido en el camino a recorrer hacia el más allá. En los últimos tiempos previos al contacto con la cultura europea vemos, especialmente en la cerámica azteca, un absoluto naturalismo

en comparación con las del horizonte inmediatamente anterior, de cultura Mixteco-Puebla, donde predominan los motivos simbólicos de decidido carácter religioso.

REFERENCIAS

BARBA DE PIÑA CHÁN, BEATRIZ

1956 Tlapacoya, un sitio preclásico de Transición. *Acta Antropológica*, Época 2ª Vol. 1. México.

LEÓN-PORTILLA, MIGUEL.

1958 *Ritos, Sacerdotes y Atavios de los Dioses*. Instituto de Investigaciones Históricas. Seminario de Cultura Náhuatl. México.

LINNÉ, S.

1934 Archaeological Researches at Teotihuacan. *The Ethnographical Museum of Sweden, New Series*, Pub. núm. 1. Stockholm.

PIÑA CHÁN, ROMÁN Y LUIS COVARRUBIAS

1964 *El Pueblo del Jaguar. Los Olmecas arqueológicos*. Consejo para la Planeación e Instalación del Museo Nacional de Antropología. México.

SÉJOURNÉ, LAURETTE

1956 *El Universo de Quetzalcoatl*. México.

1966 *El Lenguaje de las Figuras en Teotihuacán*. México.

VAILLANT, GEORGE C.

1931 Excavations at Ticoman, *Anthropological Papers, American Museum of Natural History*, Vol. 32. Pt. 2. New York.

1935 Excavations at El Arbolillo. *Anthropological Papers, American Museum of Natural History*. Vol. 35, Pt. 2. New York.